

Viaje a Navarra de un escritor romántico en 1843

En pleno hervor del Romanticismo, en el año 1845 y en la revista madrileña «El Laberinto» un joven escritor andaluz, Manuel Cañete, que tenía entonces veintitrés años y que habría de ser célebre en la literatura patria, publicó una serie de artículos titulados «Recuerdos del Viaje», donde contaba las impresiones del que había realizado dos años antes a Navarra partiendo de Zaragoza (1).

Manuel Cañete salió de la capital aragonesa en un atardecer de primeros de agosto del año 1843 y realizó el viaje a Navarra por el Canal Imperial, a bordo de una embarcación pequeña constituida por una cámara larga y estrecha con ventanas a ambos costados y un asiento corrido a su alrededor. En aquella reducidísima estancia viajaban cerca de setenta pasajeros, entre ellos una joven cantante italiana.

A poco de salir, entró el patrón en la cámara, colocó una vela sobre la mesa y preguntó quiénes querían cenar en la mesa redonda. La cocina esta-

(1) En el año 1845 se publicaba en Madrid la revista «EL LABERINTO-Periódico universal. Revista semanal del Globo y del tiempo». Dirigían la revista Don Antonio Flores (que por la misma época en que Cañete publicaba su «Viaje a Navarra» publicó un «Viaje a las Provincias Vascongadas») y D. Antonio Fernández del Río, y colaboraban en ella José Amador de los Ríos, Gavino Tejado, Juan Pérez Calvo, Tomás Rodríguez Rubí y Manuel Cañete. Junto a éstas, figuran firmas más conocidas: Pedro y Francisco Madrazo, Patricio de la Escosura, Hartzembuch, García Tassara, Alberto Lista, Mesonero Romanos, el Duque de Rivas, Bretón de los Herberos, Mariano Roca de Togores y Gil de Zarate.

Los artículos de Cañete titulados «Recuerdos de Viaje» aparecen en los números 11, 12, 14, 16 y 19 del tomo 2.º, a partir del 1.º de abril de 1845.

Manuel Cañete nació en Sevilla en 1822 y murió en Madrid en 1891. En su juventud fué traspunte de la Compañía del Teatro Principal de Sevilla. En 1840 se trasladó a Cádiz y Granada, donde conoció a Fernández Guerra e hizo sus primeros ensayos literarios. En 1843 (en el año en que escribió su «Viaje a Navarra») pasó a Madrid y obtuvo un empleo en un Ministerio que desempeñó hasta 1854. Ya para entonces se había dado a conocer muy ventajosamente en el periodismo y en la literatura. En 1857 fué elegido individuo de la Academia Española. En 1878, por fallecimiento de Patricio de la Escosura, fué nombrado censor interino, cargo que desempeñó hasta su muerte.

Perteneció también a la Academia de Bellas Artes de San Fernando y a la de la Historia de Madrid, a la de Buenas Letras de Sevilla y a otras muchas corporaciones literarias. En los últimos años de su vida fué secretario particular de la infanta Isabel. Colaboró asiduamente en «El arte en España», «La Ilustración Española y Americana» y «Diario de la Marina» de la Habana.

Fué un escritor prolífico, y tan pulcro como castizo en el lenguaje. Excelente crítico de depurado gusto y vastísima ilustración, durante treinta años contribuyó con su labor educativa a formar el gusto del público.

Escribió muchas poesías y ocho obras teatrales, entre éstas «Un rebato en Granada» y «El Duque de Alba». Sus obras «Crítica literaria» «Sobre la importancia social del teatro» y sus estudios sobre el «Teatro español del siglo XVI» constituyen lo más descollante de su vasta obra crítico-literaria.

ba contigua al salón donde viajaban y el tufo del carbón penetraba en la cámara.

—*¡Che cattivo odore, Madonna!* (Virgen Santa, qué mal olor) —dijo la joven cantatriz sacando su pañuelo bañado en olorosa colonia.

—Sí, *troppo cattivo* —contestó nuestro autor deseoso de entablar conversación.

—*Caballero; ¿sapete voi l'italiano?*—indagó la cantante.

—*Non lo se bene, pero a dir vero, é l'idioma che mi piace piu, dopo il mio armonioso spagnuolo.*

Y ambos se liaron a hablar de Italia y de Andalucía.

Nuestro viajero es tan plenamente romántico, está tan influido por la literatura sentimental de su tiempo que no resisto a la tentación de daros a conocer párrafos enteros de su relato.

«Ya el barco —dice— se había detenido varias veces para dejar unos viajeros y tomar otros en algunos pequeños pueblecitos de la ribera, cuando cí unas voces que me llamaban para que viese las magníficas obras del Jalón que tanto honor hacen al sabio ingeniero Pignatelli que las dirigiera. Salí, pues, precipitadamente de la cámara y ví un espectáculo *sublime y encantador*».

«La noche estaba clarísima; la luna brillaba en medio del firmamento y las estrellas fulguraban como perlas copiosamente multiplicadas por el leve movimiento de las ondas que las servían de espejo».

Cañete se ha puesto romántico con la luna, las estrellas, las aguas del canal y la joven cantante, y añade:

«Al contemplar aquel astro misterioso, verdadero amigo de los que sufren desvelados, según el célebre Byron, sentí dilatarse el alma y que el suave perfume de una dulcísima melancolía, impregnado de mil recuerdos seductores, venía en aquel instante a embellecer mi existencia».

El barco pasa ahora ante las obras del Jalón y ante aquel «espectáculo magnífico visto a la luz de la luna, con la melancolía que inspira el silencio de la noche» Cañete siente el corazón oprimido de forma tal que apenas le deja respirar libremente.

«Quitéme entonces la gorra y sentí que el rocío de la noche humedecía mis sienes enardecidas, al mismo tiempo que el aire agitaba desordenadamente mis cabellos. Aquella grata frescura templó algún tanto el volcánico ardor de los pensamientos que se atropellaban en mi mente».

Por lo cual y como la violencia del aire podía serle «nociva», resolvió volver a la malhadada cámara.

Nuestro autor busca en todo el pintoresquismo, y la visión de la cámara durante la noche le depara ocasión de ofrecernos un cuadro de aguafuerte.

«Una rolliza y hombruna Mantornes de las montañas aragonesas, con dos crios colgados a entrambos pechos, apenas permitía la entrada, ondamente tendida sobre el blando lecho de tablas, dejando ver, gracias a su arremangado zagalejo, una pierna tan atrozmente robusta que hubiera podido servir de base a las pirámides de Egipto. A su lado había otros dos chiquillos retozones tendidos, más para diablear que para dormir, en el mismo lecho de la moza, y los demás pasajeros, unos sentados, otros medio caídos de los

asientos, y cada cual procurando, aunque inútilmente, gozar las delicias de un sueño que los había cubierto con sus alas. Este cuadro estaba alumbrado débilmente por una bujía (tan empedernida de chorreones como mano d& monaguillo el día del Corpus) cuya luz, más que aliento de un ángel, parecía el fuego fátuo de un cementerio».

La estampa, como véis, es recargadamente colorista y contiene al final una alusión, plenamente romántica, al fuego fátuo y al cementerio.

Cañete y sus acompañantes se acomodaron como pudieron y cuando comenzaban a dormirse se descolgó del departamento de popa (donde, por lo visto estaba la taberna) un tipo bigotudo y completamente borracho, «en hábito de villana ralea», con zorongo y capa raída «el un ojo medio acostado y el otro nadando en mosto». Este tipo, que se las daba de calavera y gracioso, se lió a hablar por los codos y desahogó su curda poniéndose a cantar, con gran disgusto de los soñolientos y sufridos pasajeros. Luego, sacó barajas y, como no pudo encontrar compañeros con quienes echar su partida, salió a cubierta por ver si el aire fresco disipaba su «turca».

Las voces del beodo despertaron a los crios, los cuales empezaron a berrear desesperadamente; uno de los pasajeros interpeló a la Maritornes para que los acallase; la moza replicó amostazada y en la pequeña cámara se armó un jaleo de mil demonios hasta que llegaron a Gallur, donde bajó mucha gente.

Cañete entonces se tendió cerca de la proa, envuelto en su capa, a esperar la llegada de la aurora.

A las siete de la mañana llegaron al Bocal (2) y, tras de visitar la presa y el palacio de Carlos V, nuestro escritor salió para Tudela «empaquetado en un pesadísimo quebranta-huesos», como llama al carruaje que hacía servicio entre el Bocal y Tudela.

(2) En el año 1855 se publicó en Tudela un folleto titulado «Guía del viajero en el Canal Imperial de Aragón, o sea descripción de todas sus obras y pueblos a que suministra riego desde el Bocal a Torrero, con un resumen histórico del mismo y la biografía de D. Ramón Pignatelli» del que era autor D. José Secall.

Dice esta obra que «en lo antiguo se empleaban en el trayecto de Zaragoza al Bocal, que es de 15 leguas, 24 horas de subida y 12 en la bajada, y hoy cuesta la primera 10, y 7 la segunda».

En el año 55 el viaje en barcos de diligencia de Zaragoza al Bocal costaba 30 reales vellón (a razón de dos reales por legua) y cada viajero podía llevar una arroba de peso como equipaje.

Un dato curioso y poco conocido en relación con el Canal Imperial es el que aparece en el libro «Apuntes Tudelanos» de D. Mariano Sáinz (Tudela, 1914). Se dice en él que el 30 de julio de 1845 llegaron a Tudela, de paso para las Vascongadas, y se detuvieron unas horas en esta ciudad Isabel II, su madre D.^a Cristina de Borbón y su hermana. Las acompañaban Narváez y Martínez de la Rosa.

Cuando la regia comitiva se dirigía en barcos por el Canal Imperial hacia Tudela (toda una flota), el barco en que viajaban los ministros sufrió avería y casi se fué a pique. El susto fué mayúsculo y a Narváez lo tuvieron que sacar del agua bien remojado.

Narváez recordó siempre este accidente. El «espadón de Loja», acostumbrado a cruzar mares y sortear tempestades, estuvo a punto de ahogarse con cielo sereno y en un día de julio en las tranquilas aguas de la Acequia Imperial.

Al cabo de cinco cuartos de hora de «una especie de maceramiento intolerable» se apeaba en la ciudad de la Mejana.

En Tudela, donde pasó tres días, visitó la Catedral, (sin hallar quien le sirviese de *cicerone*), y los risueños alrededores de la población: el Prado, la Mejana «nuevo Jardín de las Hespérides» y las ruinas del Castillo, donde se estaban realizando excavaciones. «La ascensión —dice— no es muy suave, pero todo lo compensa el panorama que se descubre desde las alturas del montecillo. Lo primero que se encuentra a la subida y del lado de la ciudad es un gracioso torreón bizantino, con dos preciosas ventanas adornadas de esbeltas columnas con caprichosos capiteles; luego se ven los espesos muros, ya descubiertos en muy gran parte, de la antigua fortaleza, y por ellos se baja a un silo perfectamente conservado».

Si los alrededores de Tudela son para nuestro autor «risueños y magníficos», el aspecto interior de la ciudad promete muy poco. «Las calles son estrechas, las casas incómodas y mal distribuidas generalmente, y el ornato exterior de los edificios, triste y descarnado como ninguno. Apenas habrá casa, por humilde que sea, que carezca de escudo de armas. Éstas contras —añade— están compensadas con la amabilidad de los habitantes, y aunque el pueblo participa aún algo de la altanera ferocidad que es el distintivo de una gran parte de los aragoneses, tiene como aquéllos buen fondo y es bastante trabajador» (3).

(3) Veamos algunos testimonios de viajeros acerca de Tudela y de sus habitantes:

El moro Rasis en el siglo IX elogia la bondad atractiva de sus habitantes.

El alemán Münzer, que la visitó en 1495 dice que es «población muy bella, y su campo en extremo feraz».

El holandés Enrique Cock, capitán de arqueros que en 1592 acompañó a Felipe II en su viaje de Tarazona, al paso por Tudela se queja de sus calles «muy angostas (angostas) y estrechas».

Un viajero holandés, Antonio Brunel, que pasó por la ciudad en 1655, dice que «PS muy bonita, pero que, encontrándose en los confines de Aragón, Castilla y Vizcaya (léase Vasconia) es el refugio de muchos malhechores y granujas (bandidos) que han abandonado su patria para huir del castigo de sus crímenes. En fin, es una verdadera guarida de ladrones, según se nos había dicho; no obstante, yo vi algunas personas de bastante buena apariencia para hacerme creer que entre esta canalla había gente de bien; además en algunos sitios hay bastantes edificios hermosos, de donde se deduce que hay nobleza u hombres de mejor condición que la de simples refugiados que los habiten».

Ponz, en 1792 se queja de la estrechez e inmundicia de las callejas tudelanas.

Branet, sacerdote gascón emigrado que vivió en la ciudad por los años de la Revolución francesa (1793) critica la afición a las tabernas que se observa en los hombres y la suciedad de las calles, a donde vierten aguas y basuras sin avisar. Habla de las rondas nocturnas y de las puñaladas que ocasionan, y dice que en Tudela «se ve uno obligado a ir a solazarse al corral donde están los cerdos, que vendrían encima de uno si no fuera por un gran palo que ponen a este efecto a la entrada y del que es prudente armarse para alejarlos».

El Barón Ch. Davillier en su libro «L'Espagne» (París 1874) al tratar de Tudela copia la cita de Antonio Brunel.

de las pasiones dominantes de los navarros es la del vino; pero logran la fortuna de no ponerse ebrios, aun cuando lo beban en gran cantidad. Tanto en Tudela como en Pamplona sucede que a veces pasa uno por algunas calles en las que se oye un ruido de voces casi comparable al de una asonada, y esos ruidos indican que está próximo algún despacho de vino; pues allí los hombres se reúnen en cuadrillas de más de treinta, todos armados de sus cazuelas pequeñas vidriadas; y por su turno van cogiendo el néctar de aquella nueva Castalia en donde beben el agua de la salud y de la consolación».

«<<Tudela —dice a continuación— celebra una feria en el mes de julio; y algunos días de los más notables se glorifican con magníficas corridas de toros, a que son no poco aficionados los navarros: allí es ver las rozagantes mocetas al lado de sus idolatrados mocetes, más limpias y almidonadas que cama de novios en primera noche de bodas; allí es ver los lazos con que se adornan las boinas y los sombreros; allí los anchísimos pantalones de pana verde que, en señal de gran gala, salen acompañados de la chaqueta de lo mismo con botoncillos dorados, y del pañuelo encarnado y pajizo con que aquellos guapos mocetones se adornan la cabeza. Allí es ver, cuando se reúnen muchos de este jaez en un tendido, imitar un campo de jaramagos y de amapolas; y a todo esto ningún corro de cuatro o cinco va desprovisto, no ya de una gran bota de mostagán, sino de uno o dos pellejos muy bien henchidos, y de medio carnero asado, con otras leves menudencias por este estilo. La plaza de toros es muy regular, espaciosa y bien distribuida, y se halla situada entre el Ebro y el camino del Bocal, en un sitio muy ameno y con ventanas desde las que se alcanzan vistas en extremo pintorescas. La feria tiene poco de notable; y aunque asiste a ella mucha gente de Zaragoza y de las poblaciones vecinas, todavía es inferior en mucho a la de Pamplona y a otras que he tenido ocasión de observar en diversas poblaciones de la Península».

De Tudela nuestro escritor se dirige a Pamplona atraído por la fama de las fiestas y ferias de San Fermín que aquel año se habían retrasado, al igual que las de Tudela por causa de las conmociones políticas que tuvieron lugar en España desde mayo a julio inclusive de 1843 (4).

(4) Como ya es sabido, a partir del 23 de mayo de dicho año y a consecuencia de la disolución de Cortes subsiguiente a la célebre sesión donde Olózaga dijo «¡Dios salve al país. Dios salve a la Reina!» se produjeron diversos alzamientos en provincias contra la Regencia de Espartero. Comenzaron en Málaga, Granada y Almería. En Reus se sublevó Prim. Unióse al movimiento Valencia y más tarde Galicia, Valladolid y Cuenca. El 27 de junio desembarcaron en el puerto de Valencia Narváez y Concha y se presentaron en Barcelona Fernández de Córdoba, Serrano y González Bravo. Las fuerzas de los sublevados y las del Regente se pusieron en movimiento en Andalucía, Cataluña y Aragón. Derrotadas, casi sin lucha, las fuerzas del Regente que mandaba Seoane, por las de Azpíroz y Narváez en Torrejón de Ardoz y perseguido muy de cerca Espartero por las tropas de los sublevados, embarcó el 30 de julio en el navio inglés «Malabar» que le condujo por Lisboa a Londres.

Debido a estos pronunciamientos y a la prohibición de celebrar reuniones de-

Nuestro escritor llegó a Pamplona el 16 de agosto. Fué recibido con **una** salva estrepitosa de truenos, relámpagos y mares de lluvia.

Pamplona «bellísima ciudad» le recordó a Cádiz por lo limpia y urbanizada. «Lo primero que llama la atención del viajero al desembarcar de la diligencia es la plaza del Castillo, la más anchurosa de cuantas he visto en España». Cañete, al día siguiente de su llegada, marchó a ver el Teatro «levantado hace muy pocos años en el sitio que antes ocupaba el convento de Carmelitas Descalzas».

Aquel año empezó a construirse la Diputación y se proyectaba levantar la plaza de toros. «Al lado del teatro —dice Cañete— hay una porción de terreno, en la cual se han echado los cimientos de otro colosal edificio destinado a la Diputación Provincial; y a espalda de ambos, en el espacio que hasta la misma muralla se dilata, pensaban construir por aquellos días una magnífica plaza de toros que habrá de exceder con mucho a la imperfecta que en la Plaza del Castillo se forma todos los años, la cual ni es cómoda para el público, ni buena para los lidiadores, ni digna de la población, ni decente y grata para nadie».

Cuando nuestro hombre sale del teatro y se dispone a dar un paseo por la explanada entre la Ciudadela y la ciudad, un vivísimo relámpago seguido de una detonación lejana le hicieron cambiar de intento y buscar refugio en la tormenta. Y aquí otro párrafo netamente romántico:

«Con efecto; las nubes habían vuelto a condensarse formando negruzcas masas de estravagantes y caprichosas figuras que remedaban, ya delfines monstruosos de una magnitud inconcebible, ya alcázares fantásticos y siniestros como los que sueña la imaginación en sus instantes de terror, de vértigo y de delirio. Los desatados vientos soplaban con una furia sin igual y arrebataban las hojas verdes de los árboles corpulentos que adornan aquellas extendidas alamedas... crecían y menudeaban los relámpagos; los truenos retumbaban en el vacío aturdiendo el aire, y parecían la expresión sublime de la ira eterna... y yo arrebatado de entusiasmo a vista de aquella imponente lucha de los elementos, de aquel preludio de la destrucción universal, exclamé conmovido con el profeta... «se conmovió y estremeció la tierra; los cimientos de los montes se turbaron y conmovieron porque está airado con ellos... etc.».

Otro día nuestro viajero fué a visitar la Catedral. Se admira en ella de lo que todos se han admirado y seguirán admirándose. Por lo que respecta

cretada por Espartero, las corridas de Tudela se retrasaron a los días 5 y 6 de agosto y las de San Fermín tuvieron lugar en los días 19, 20, 21 y 22 del mismo mes.

La plaza de toros de Tudela, cuya situación alaba Cañete, contaba entonces con un año escaso de existencia. Se había estrenado en septiembre del año anterior, cuando todavía estaba sin terminar. Las corridas que vió nuestro viajero resultaron bastante deslucidas, por la escasa concurrencia, por los toros de don José Murillo, de Egea de los Caballeros, que resultaron ilidiables, y por los diestros de tercera categoría: Juan Pastor (a) «el Barbero» y Antonio Ruiz.

En las corridas de Pamplona(según datos del Archivo Municipal que me ha facilitado Premin de Iruña) se lidiaron toros de Zalduendo y Pérez de Laborda y toreó Cúchares que dió muerte a todos los bichos, asistido por los banderilleros guipuzcoanos «Zapaterillo» padre e hijo.

al frontispicio, nuestro autor coincide con el juicio de otro viajero de por entonces, con Dembowski (5) y así, aunque alaba la suntuosidad de la fachada y el gusto de don Ventura Rodríguez, afirma que la tal fachada no dice bien con el gusto general del edificio, que es gótico germánico. «Y con efecto así como desdeciría horriblemente en un rostro hermoso de mujer un peludo bigote de granadero; así como sentaría mal a un león la mansedumbre de una ovejuela, así en un templo de esbeltas columnas, de apuntados arcos y de calados ajimeces; en un edificio que nos recuerda la edad media... es un adorno grosero y pegadizo, una fachada que nos hace acordar de Atenas y sus filósofos, de Roma y sus tribunales». «No se puede admitir —termina— que a un hombre virtuoso se le coloquen los atributos de un sátiro».

Para Cañete «los demás templos de Pamplona ofrecen poco o nada que sea digno de mencionarse». La capilla de Nuestra Señora del Camino, de la que los pamploneses están tan orgullosos, está «lastimosamente sobrecargada».

Tampoco le place el edificio del Ayuntamiento «muy recargado de adornos churriguerescos y de estatuas que apenas poseen mérito alguno». En cambio salió muy satisfecho de su visita a la Ciudadela y muy agradecido a las amabilidades de los militares que le acompañaron en su visita.

A continuación nuestro escritor pasa a ocuparse de las célebres fiestas:

Dice que «los sencillos habitantes de los lugares comarcanos habían acudido al llamamiento de la capital que les convidaba con lucidas corridas de toros y fiestas de toda especie, y las familias enteras, deseosas de entregarse a los placeres y consumir en pocos días los ahorros de meses enteros de continuada fatiga, abandonaban sus lugares alegremente y se encaminaban en romería a la venturosa patria del Santo mártir» (San Fermín).

(5) Carlos Dembowski, escritor italiano que viajó por España en los años 1838-40, llegó a Pamplona el 12 de octubre de 1840 y escribe de nuestra capital:

«Es una linda villa de antiguo género español: bellas y numerosas iglesias brillantes de oro, conventos magníficos, una plaza espaciosa, que sirve, en caso necesario, de ruedo a los toreros; por último, calles bordeadas unas veces de palacios que parecen fortalezas, otras, de casitas cuya modesta apariencia contrasta con el lujo de los escudos que decoran frecuentemente sus entradas. Añadid una ciudadela construida conforme al plano de la de Amberes, obra, como es sabido, del famoso duque de Alba, y una soberbia catedral erigida por dos reyes de Navarra: Carlos III y doña Leonor. Sus sepulcros embellecen el coro, situado en medio de la nave, a la usanza española. Al ver la fachada, reconstruida muy recientemente en estilo italiano, no se diría que hay detrás una iglesia gótica. Extrañado por esta falta de unidad arquitectónica, me lamenté ante el canónigo que tenía la amabilidad de servirme de guía. ¿Quién me habría dicho que estaba equivocado? Mi amable mentor me lo ha probado, sin embargo.

—¿Veis mi sotana? —me ha dicho—, ¿tiene el revés alguna relación con el derecho? ¿Por qué el exterior de un edificio la tendría más con el interior? La fachada puede ser, pues, de estilo italiano y la nave de estilo gótico, enteramente lo mismo que el paño de mi sotana es negro y la seda del forro de color violeta. Por otra parte, como las dos partes del edificio han sido construidas en épocas diferentes, era natural que cada una tuviera el carácter del gusto dominante en su época».

Carlos Dembowski «Dos años en España y Portugal durante la Guerra Civil 1838-1840». Tomo II.

«El pueblo navarro, poco bullicioso si con el andaluz se le compara, parece que se reviste de un nuevo ser en los días de las fiestas, y depone enteramente su gravedad habitual para entregarse a toda clase de regocijos; pero aun en medio de éstos conserva cierto aire de ingenuidad y de candor, que si bien no es tal ni tan característico como en los venturosos tismnos de Cadalso, es todavía muy recomendable, porque ha sufrido la terrible prueba de siete años de una guerra inmoral y fratricida, que será para nuestra vergüenza el escándalo de los siglos.

Tafalla, Olite, Peralta, Estslla, Sangüesa, Rocaforte, San Esteban de Lerín, Subirá (¿Subiza?), Roncesvalles, Urdax y otras muchas poblaciones, incluso Tudela y aun la misma Zaragoza, contribuyen al esplendor de la feria de Pamplona, mandando a ella una porción de sus hijos; y desde que el sol amanece hasta que se reclina en el ocaso en un lecho de arboles, multitud de cuadrillas de aldeanos con sus camisas de un solo color sus boinas y sus anchísimos pantalones, traje que hace sobresalir sus elevadas estaturas y gallardos continentes, cruzan por todas las calles y plazas, bailando con la sencillez de los pastores primitivos, tocando el tamboril y la dulzaina, y a veces entonando los melodiosos cantares y zorcicos, a que dan una particular expresión las acentuadas palabras del vascuence, armonioso en extremo por los muchos diptongos que las engalanan. En esta ocasión, mejor que en ninguna otra, puede conocerse bien que el pueblo navarro conserva moralidades, y que a pesar de su afición al vino es sóbrio, y no llega a embriagarse. En los días que duraron las fiestas no hubo que lamentar ni una sola desgracia: es más, ninguna de esas pependencias indecorosas que son tan ofensivas al pudor, como frecuentes en los barrios bajos de Madrid y Andalucía, turbó el general contento de aquellos honrados naturales; y al ver la fraternidad y el respeto que mutuamente se conservaban, hubiérase dicho que cuantos habitaban en la ciudad eran miembros de una familia de hermanos. Hecha esta justicia a una clase a la que generalmente se cree por su abyección incapaz de toda virtud, debo decir que la feria vale poco, aun cuando en otros años de paz haya solido ser mucho más lujosa y abundante en toda clase de tráfico. En ella todo se reduce a que sea un poco mayor de lo ordinario la venta de manufacturas extranjeras.

Sin embargo, el círculo de la buena sociedad se reúne de doce a tres en la calle de la Estafeta, y allí lucen su talle y su elegancia más de una hermosa, y hacen alarde los jóvenes del país de su franca y poco estudiada finura. Por las tardes y luego que las corridas de toros han terminado, suele dirigirse la generalidad a los perfumados jardines de la Taconera, paseo elegante y bellísimo hasta lo sumo, en el cual goza la imaginación con el precioso panorama que se descubre, engalanado en lontananza con las azules crestas del Pirineo, y se embriagan los sentidos aspirando mil aromas deliciosos y seductores.

Las corridas de toros que se verifican en la mal perjeñada plaza, levantada en la del Castillo, de maderas viejas, y cuyos palcos son los balcones de las cafas que la rodean, no tienen el encanto ni la animación que es el alma de estos espectáculos, y que sólo se disfruta en Madrid y en algunas poblaciones de Andalucía. Sin embargo, los toros navarros son generalmente

de sentío, como dicen los taurómacos, y esto hace que los lidiadores trabajen bien. Lucióse, pues, y no poco, Cúchares, que estuvo sumamente feliz y salió triunfador en todas las ocasiones que le tocó matar: y al ver la destreza y decisión con que postraba el esfuerzo de aquellas indomables fieras, a veces de la primera estocada, me acordé de los preciosos versos de Ariosto:

«<Fu il vencer sempre mai laudabil cosa
»Vincase per fortuna o per ingegno».

que acreditan aplicados a la situación presente, el mérito del lidiador.

Por lo que respecta a la fisonomía de la que se ha convenido en llamar buena sociedad, es idéntica en Pamplona a la de todas las primeras capitales de España. En ella ha desaparecido el tipo de originalidad que sellaba nuestras antiguas costumbres; y por lo tanto, si se quiere encontrar algún resto de éstas, es necesario buscarlo en las clases menos acomodadas, únicas acaso que aún conservan en parte tal distintivo. Con todo, si ha perdido en originalidad, yo creo que no en finura, y de ello me fué garante la amabilidad y cortesanía de las señoras de Campión, en cuya casa tuve el placer de aplaudir el talento del eminente artista español Soler, primer oboe del real teatro italiano de París, y el mérito singular de los señores Sarmiento, Cepeda y Gaztambide, flautista el más aventajado de España el primero, y pianistas distinguidísimos los segundos (6).

Despedíme, pves, de la navarra capital no bien hubo tocado su fin la feria; y si han pedido olvidárseme algunas particularidades en lo que he dicho de ella, hay una cosa de oue no podré olvidarme jamás; y es la franca lealtad y finura de los habitantes de Pamplona».

José M.^a IRIBARREN.

(6) Como habrá adivinado el lector, el pianista a que alude Cañete es el tude-lanc D. Joaquín Gaztambide y Garbayo, el que luego habría de ser celeberrimo compositor. En el año 1843, Gaztambide tenía 21 años. Un año antes había marchado de Pamplona (donde residió desde los 12 años) a Madrid para ampliar sus estudios de piano y composición en el Conservatorio Nacional. Como sus medios de subsistencia eran muy escasos, actuaba de contrabajo en el teatro del Circo y realizó excursiones a provincias, dando conciertos en unión de don Pedro Soler, primer premio de oboe en el Conservatorio de París y de don Pedro Sarmiento, notable profesor de flauta.

Durante su estancia en Pamplona (1834 a 1842) Gaztambide estudió piano y composición con don José Guelbenzu y más tarde con don Mariano García, maestro de capilla de la Catedral. Sus adelantos fueron tan notables que antes de 1842 se dedicaba a dar lecciones de aquel instrumento y tocaba el contrabajo en la orquesta del Teatro Principal.